

LA REPÚBLICA SE CONCIBIÓ EN SAN SEBASTIÁN

En tanto la Monarquía alfonsina no daba con la clave para dar una salida airosa a la Dictadura, republicanos y socialistas se reunían en la ciudad donostiarra para pactar un nuevo régimen democrático.

CARLOS FORCADELL ÁLVAREZ

Un 17 de agosto de 1930 se apeaba en la donostiarra estación de Amara, procedente de Bilbao, el socialista Indalecio Prieto para asistir, a título personal, a una reunión de la plana mayor del republicanismo español. Niceto Alcalá-Zamora veraneaba en Echarri-Aranaz y Miguel Maura en su casa de Fuenterrabía. Los demás llegaban algo más tarde en los expresos de Madrid y Barcelona. Tuvo tiempo don Inda de pasear y de observar que “las mujeres bien formadas preferían tumbarse semidesnudas sobre fina y dorada arena”, mientras paseaba por La Concha hasta el hotel Londres, donde era la cita.

No pareció extraño, en el ambiente político del verano de 1930, que a la llegada de los conspiradores el *hall* del hotel se encontrara repleto de periodistas nacionales y extranjeros, razones más que suficientes para que la reunión se trasladara a los salones del Casino Republicano de la calle de Garibay, ofrecido por su director Fernando Sasiain, posterior alcalde de San Sebastián y víctima de la represión franquista. Como manifiesta Mola en sus memorias, el director general de Seguridad estaba perfectamente informado de las andanzas de “significadas personalidades del partido republicano y algunos destacados elementos catalanes”, aunque no se le concedió gran importancia a lo que se denominaría Pacto de San Sebastián.

En el centro del mapa republicano se encontraba el Partido Republicano Radical, dirigido por el veterano Lerroux, objeto de recelo y desconfianza para muchos. En la izquierda Marcelino Domingo iba agrupando funcionarios, artesanos, comerciantes en el Partido Republicano Radical-Socialista, con un proyecto de estado laico y pretensiones de reforma social. Manuel Azaña dirigía desde 1925 Acción Republicana, organizando a clases medias, profesionales e intelectuales. Políticos dinásticos como Niceto Alcalá-Zamora y Miguel Maura se habían apartado ostensiblemente de la Monarquía en la primavera de 1930 para crear una Derecha Liberal Republicana. El mapa quedaba completado en sus extremos por los partidos republicanos catalanes y gallegos. Tanto la lógica como la oportunidad llevaban a agrupar fuerzas tan dispersas como crecientes, desde una tradición

El camino hacia el pacto lo labra el republicanismo histórico y Azaña es el que tiene un proyecto madurado

unitaria que pasaba por los éxitos electorales de la Unión Republicana (1903) y los acuerdos de la Conjunción Republicano-Socialista (1909). En 1929 radicales y azañistas convivían en una Alianza Republicana, a la que se sumaron en mayo de 1930 los radical-socialistas, con el compromiso de poner en común todos los medios de



Alcalá-Zamora, presidente del Comité Revolucionario, y José Giral, en la cárcel.

acción y coordinar sus esfuerzos bajo un comité “hasta conseguir la instalación y consolidación de la República en España”.

El camino hacia el Pacto de San Sebastián lo labra el republicanismo histórico y es Azaña el dirigente que mejor madurado tiene un proyecto en el que es indispensable la integración de la clase obrera organizada para definir el contenido del nuevo Estado; “la República le es tan necesaria al proletariado como a la burguesía liberal”, dirá en un discurso pronunciado a fin de septiembre. Pero don Niceto, ya con vocación y cálculo de futuro presidente, dice vanidosamente en sus memorias que Miguel Maura fue en busca de su autoridad para que “con apremio presidiese una reunión de partidos republicanos, a cuyos representantes decía haber encontrado propicios”. Y, así, el verano donostiarra reunió a Lerroux, Azaña, los radicales-socialistas Álvaro de Albornoz y Marcelino Domingo, los recién llegados Maura y



Alcalá-Zamora, el gallego Santiago Casares, los catalanes Ayguadé, Mallol y Carrasco i Formiguera, a Indalecio Prieto, y a Sánchez Román y Eduardo

ALCALÁ-ZAMORA

1877-1949. Fue dos veces ministro liberal con la Monarquía, pero se pasó al republicanismo durante la Dictadura. Entonces atrajo hacia su partido a grandes sectores moderados y católicos. Como presidente del Comité Republicano fue encarcelado en 1930. Proclamada la República, fue el primer jefe de Gobierno, pero dimitió en octubre de 1931 al aprobarse los artículos constitucionales referentes a la libertad religiosa. No obstante, dos meses más tarde fue elegido presidente de la República hasta que en 1936 fue depuesto, tras el triunfo electoral del Frente Popular.



El Comité Revolucionario en el patio de la cárcel Modelo de Madrid, diciembre de 1930.

Ortega y Gasset como observadores, sin que faltara un telegrama de adhesión de Gregorio Marañón, ausente de España. Pero este episodio no elaboró ningún documento; sólo Prieto redactó en el bar España, entre una nube de periodistas, un comunicado que se refería vagamente a los acuerdos entre las fuerzas adversas al régimen monárquico: "Examinada la actual situación política, todos los representantes concurrentes llegaron (...) a una perfecta coincidencia, la cual quedó inequívocamente confirmada en la unanimidad con que se tomaron las diversas resoluciones

adoptadas...". Según los testimonios de los protagonistas, lo que primero, y con más encono se trató, fue "el problema catalán", tras una intervención maximalista del representante de Unió Democràtica de Catalunya Josep Carrasco i Formiguera (fusilado en la guerra civil), que acabó en un consenso en torno a que un futuro Estatuto de Autonomía de Cataluña fuera aprobado por las Constituyentes.

Los que se reunieron en San Sebastián tuvieron encuentros posteriores, en la casa de Miguel Maura de Fuenterrabía, en su domicilio madrileño, en el Ateneo, para definir mejor los acuerdos con el PSOE, nombrar un "comité revolucionario" (Niceto, Azaña, Prieto, Domingo, Albornoz...) y preparar un asalto al poder concebido como un pronunciamiento militar decimonónico, acompañado de huelga general. El cambio político acabará produciéndose de otra manera en la primavera de 1931, y el Pacto de San Sebastián y los posteriores contactos, a medio plazo, sí que sirvieron, como escribe Miguel Maura, para "preparar la colchoneta en la que había de caer fatalmente el cuerpo nacional cuando llegase la hora del cambio de régimen", la colchoneta, ya ensayada en las últimas décadas, de la coalición republicano-socialista, con apoyos sociales de sectores no desdeñables de las clases medias y de la clase trabajadora.

MIGUEL MAURA



1887-1971.

En la política española del primer tercio de este siglo siempre hubo un Maura. Al padre de la dinastía le sucedieron sus hijos Gabriel, ministro de Trabajo en el último gobierno de la Monarquía, y Miguel, ministro de Gobernación en el primero de la República. El 14 de abril se plantó en el edificio de Gobernación y, ante un Azaña asombrado, la Guardia Civil se le cuadró y los funcionarios le permitieron cambiar a los gobernadores civiles. La República estaba garantizada.

Carlos Forcadell Álvarez es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza.